



No hay que abandonar el timón. *Cibernética* viene del griego *kybernetiké*, el arte de gobernar una nave. Nada menos. Y gobernarla en el vacío tiene poco interés: va llena de pasajeros y de muchas mercancías culturales de gran valor, que vienen de lejos en busca de otros puertos más humanos y confortables

¿No habrá otra brecha “no digital” en el aula?

Jesús Romero Trillo (M)

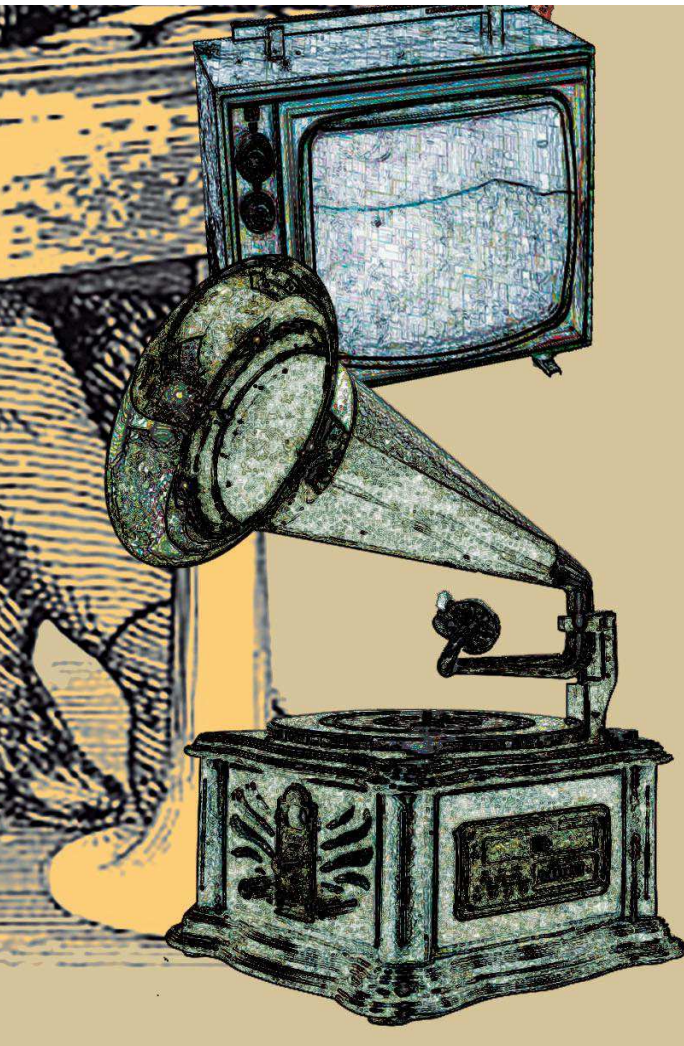
Prof. Universidad Autónoma y Comunidad de Sant'Egidio

Vivimos una época que ha llegado para quedarse: la comunicación visual poco a poco está desbancando a la oral. Se puede comprobar pensando en el tiempo que dedicamos a comunicarnos por mensajería del móvil frente a la clásica llamada de teléfono. Si bien esto ocurre en la vida cotidiana y en el apego que tenemos a nuestros celulares, tabletas etc. y al síndrome de abstinencia que causa en algunos – la nomofobia –, lo que realmente me preocupa es la implicación entre el uso de la tecnología (o su ausencia) en el aula y su relación con los alumnos y alumnas en desventaja social.

En el año 2001 Jeremy Rifkin publicó el libro titulado *The Age of Access* (La era del acceso)¹, que a nuestro juicio fue fundamental para comprender la transición tecnológica que se estaba viviendo. Una tesis fundamental era que la falta de acceso digital de muchas capas de nuestras sociedades hacía el acceso a la información más difícil incluso que el acceso a los libros y provocaba una mayor diferencia entre ricos y pobres. A este fenómeno se le denominó la brecha digital: dividía a las clases sociales, y por tanto a los alumnos, en virtud de su posible acceso a internet. Como en muchos otros aspectos tecnológicos, esa brecha ha ido disminuyendo en España. En los últimos años el aumento de los hogares con acceso a internet ha aumentado del 28% (2002) al 79,9% (en 2017), y se puede afirmar que en el caso de los centros educativos de España el acceso a internet es casi universal.

Tras unos años de implementación de los nuevos recursos digitales en el aula y la generalización de las diversas plataformas educativas en muchas escuelas, me ha llamado la atención un reciente reportaje publicado en el *New York Times* con el título *The Digital Gap Between Rich and Poor Kids Is Not What We Expected* (La brecha digital entre niños ricos y pobres no es lo que esperábamos)². Quisiera plantear esta cuestión: si ya se ha universalizado el acceso a la información, y en muchos centros de zonas deprimidas de nuestras ciudades se usan los mismos materiales y hasta los mismos equipos informáticos, ¿por qué el fracaso escolar sigue afectando principalmente a las mismas zonas donde hace 20 años uno de los problemas era la falta de bibliotecas adecuadas o de libros de texto para todos?

El análisis del *New York Times* sostiene que mientras en las guarderías de las zonas deprimidas de Estados Unidos la falta de



profesorado, o su falta de preparación o motivación, se ha sustituido por tabletas y ordenadores usados con software de gran calidad, no se fomenta la interacción directa con los maestros, y puede que tampoco entre los alumnos. Por el contrario, en las zonas del país que gozan de un mayor nivel adquisitivo – y menciona en concreto las guarderías de Silicon Valley (cuna de las empresas tecnológicas del país) – los padres han vetado el uso de pantallas en el aula. Uno de los motivos que aducen para vetarlas es su efecto adictivo y de aislamiento de la realidad “real”, frente a la “virtual”.

Quizá ha llegado el momento de plantearnos si el uso de estos medios en el aula es siempre necesario, o si algunas veces su uso provoca la reducción (o incluso la ausencia) de interacción con los alumnos, especialmente en contextos donde la lengua es fundamental para la integración de alumnos con dificultades o procedentes de otros países. Cabe preguntarse si, en estos tiempos que corren, el aula no deberá ir contra corriente y ser por excelencia el santuario de la palabra, pues como ya demostró Bernstein en los años setenta³, hay una relación directa entre la lengua, la clase y el control social, y a nadie se le escapa que muchos jóvenes viven literalmente inmersos en un tipo de lenguaje simplificado y reducido a pocos caracteres. Si hace años la brecha digital dividía a los que tenían acceso a internet de los que no lo tenían, quizá hay que plantearse si la nueva brecha posible es la preeminencia de la tecnología frente a la interacción entre alumnos y maestros.

1 Jeremy Rifkin, (2001) *The Age of Access: the New Culture of Hypercapitalism*. Random House-Penguin.

2 *The Digital Gap Between Rich and Poor Kids Is Not What We Expected: The New York Times* (26.10.2018).

3 Basil Bernstein, (1971) *Class, Codes and Control: V. 1 – Theoretical Studies Towards A Sociology Of Language*. London: Routledge.



Nubes y claros

Xavier Besalú (GI)

(Hoy el cielo ha amanecido despejado y transparente. Mañana, la previsión anuncia cielo cubierto y día tormentoso. Pasado, ya no lo sé).

El *acceso a la información* y al saber se ha facilitado y expandido de forma brutal. Han caído los límites temporales (de 9 a 17 en horario escolar; de 6 a 12 años la escolarización obligatoria, de 18 a 23 la formación universitaria...) y los geográficos (en centros escolares, universidades, bibliotecas y centros de investigación...). Y se ha abaratado de forma extraordinaria. Su inmediatez es algo que solo podemos valorar los inmigrantes digitales. La *tecnología digital* no solo es un medio para transportar la información. También es un medio de relación, de participación y de seducción, que modifica sustancialmente la manera con que el individuo construye conocimiento, aprende y comprende.

Pero el volumen inabarcable de información disponible (la mayoría de la información que consideramos valiosa – bibliotecas, museos, enciclopedias, diccionarios, bases de datos, revistas... – está en la red) puede producir con facilidad saturación, desconcierto e incluso desinformación. Y la *velocidad* a la que se produce y se consume la convierte en provisional y frágil, fragmentaria, cambiante, parcial, sin diferenciar la verdad de la mentira, lo maravilloso de lo despreciable, lo emotivo y seductor de lo reposado y sólido.

Conseguir que, a partir de aquí, se genere conocimiento estructurado, integrado, verosímil, útil para comprender la realidad y poder intervenir en ella, basado en argumentos bien fundamentados y evidencias contrastables, es un reto que necesita ayuda, entrenamiento, reglas y voluntad.

Las *redes sociales* – el móvil como símbolo, *Internet* como alfabeto – se han convertido en los nuevos contextos de socialización de los individuos, en uno de los escenarios esenciales de